Art. 2. ° El gobierno, dueño y propietario de la finca llamada «Los Alcaraces», hace donación de ella, á la Sra. viuda é hijos de dicho general, para que la posean y disfruten por toda su vida, pudiendo trasmitirla á sus herederos; en pago y compensación de los sueldos y haberes que como funcionario público venció el repetido Sr. general Contreras.

En atención á las críticas circunstancias en que se encuentra la senora viuda é hijos del señor general Contreras, Doña Jesús Robles Martínez, no se pedirá á ella la aceptación necesaria á esta donación, sino que la prestará en su nombre y como curador de sus menores hijos, su hermano el señor Lic. C. Juan de Dios Robles Martínez, extendiéndose desde luego la correspondiente escritura de donación, sin exijirse pago de alcabala, por el escribano D. Fermín González Castro.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.—Dado en el Palacio de gobierno del Estado, £ 1.º de junio de 1860.—Urbano Gómez.—Ladislao Gaona, secretario.

CAPITULO XXXII.

Junio y Julio de 1860.

La situación de la guerra toma una importancia extraordinaria en Jalisco.— Canje de prisioneros propuesto por González Ortega y negado por Miramón.— Ogazón y Miramón frente á frente.—Miramón y el ejército reaccionario en la procesión de Corpus Cristi en Guadalajara.—Marcha del ejército reaccionario mandado por Miramón al Sur de Jalisco.—Inacción de Miramón en Sayula.—Tropelías de Miramón en dicha ciudad.—Batalla de Peñuelas.—Retírase Miramón del frente del enemigo de Sayula.—Parte de Ogazón.—Marcha Miramón al interior dejando fortificada la plaza de Guadalajara al mando del general Severo Castillo.—Emigración de Guadalajara.—Prisión y libertad del obispo Espinosa.—Instancias sobre segregación de las divisiones unidas.—Conducta de caudales escoltada por Rojas.—Proyecto de maniobras con el fin de engañar á Castillo é incorporarse Zaragoza á González Ortega para batir á Miramón.

El interés vital de la revolución, po'ítica y militarmente, radicaba en Jalisco.

Tenía la reacción en Guadalajara siete mil soldados veteranos, artillería, trenes en cantidad muy considerable prontos para entrar en acción, al mando de los más reputados y entendidos generales, estando al frente del ejército el general Miramón.

En Jalisco, estaban también al mando del general Ogazón cerca de diez mil hombres de las divisiones del Centro, Sinaloa y Jalisco unidas, con casi toda la artillería y materiales de guerra del ejército federal, adquiridos á costa de indecibles sacrificios por los liberales de los Estados del Centro y de Occidente, y la Nación tenía la mirada fija, con razón, en los acontecimientos que se desarrollaban en el territorio del Estado, indicando en todo aquella situación, un próximo y trascendental desenlace.

Si las armas liberales vencían, tras el golpe mortal de la derrota, la reacción perdería la plaza de Guadalajara con sus cuantiosos recursos; pero si los soldados de la religión triunfaban, la consecuencia inmediata era la pérdida de los elementos de guerra con que contaban los liberales, y agotada como estaba la riqueza de los Estados, sólo la noticia del triunfo de la reacción, sembraría la desmoralización de los constitucionalistas.

En semejantes circunstancias Ogazón y Miramón frente á frente buscaban la ocasión de vencer con toda seguridad.

Las tropas constitucionalistas estaban tendidas desde Zacoalco de Torres hasta Sayula, en actitud amenazante.

Miramón, una vez pasadas las ceremonias religiosas y las recepciones oficiales se consagró á dictar medidas conducentes á asegurar la plaza de Guadalajara y á impedir que se apoderaran del Bajío los constitucionalistas, González Ortega que tenía dos mil hombres en Zacatecas y Aguascalientes, y Berriczabal con dos mil quinientos de que disponía en el Estado de Guanajuato.

Al efecto, mandó Miramón fortificar la plaza de Guadalajara dando á las obras una importancia formidable y la extensión suficiente para que pudieran maniobrar dentro del recinto fortificado seis ó siete mil hombres; nombró gobernador y general en jefe del primer cuerpo de ejército al general Severo Castillo, estableció maestranza y fábrica de parque; dispuso que el general Silverio Ramírez marchara de Durango á situarse en el Bajío con la división de su mando, compuesta de tres mil soldados con diez piezas de artillería; y los primeros días del mes de junio estaba expedito á salir para el Sur de Jalisco el jefe reaccionario con seis mil hombres y treinta y cuatro cañones.

Habiendo dirigido el gobernador constitucionalista de Zacatecas, general Jesús González Ortega á Miramón, una nota oficial

proponiéndole fueran canjeados los prisioneros de Loma Alta, que se hallaban en Zacatecas por el general Uraga y los demás oficiales prisioneros de la acción de armas de Guadalajara el veinticuatro de mayo anterior; el caudillo reaccionario contestó, con fecha seis de junio, por conducto del ministro Díaz, negándose á la pretensión del jefe constitucionalista, dando por razón, que de tal canje resultaba «que sería atízar verdaderamente la guerra civil, volver á poner en juego ciertos elementos que deben alimentarla, y que se ha conseguido quitar de enmedio.....

González Ortega recibió esa respuesta el nueve de junio; dos horas después pasó á ver á los prisioneros de Loma Alta; les manifestó la negativa de Miramón respecto al canje; hízoles presente que desde aquel momento quedaban en libertad absoluta y puso, á disposición del jefe más caracterizado de ellos, general Díaz de la Vega, quinientos pesos para distribuirlos entre sus compañeros.

El ejército reaccionario que, como antes se dijo, estaba pronto para salir á campaña desde los primeros días de junio, permaneció en Guadalajara esperando pasara la fiesta religiosa del Corpus «en virtud del mucho honor que á Dios se hacía con que S. E. se dignara prestarle su presencia», según dijo el periódico oficial, la cual fiesta, correspondió ese año, al siete de junio.

El expresado día, verificóse la fiesta religiosa con mayor solemnidad que de costumbre. A la hora de los oficios en Catedral, hubo en el átrio del templo disparos de fusilería, y se hicieron salvas de veintiún cañonazos cada vez, al rayar el día, á las doce y al ponerse el sol. La procesión recorrió las calles entoldadas, entre filas dobles de soldados, establecidos en vallas á lo largo del trayecto que había de recorrer la procesión, y Miramón de gran uniforme y afectando visible devoción, fué por las calles bajo el pálio, al lado del obispo; y detrás marchó una división: aquella procesión religiosa mas bien tenía apariencia una gran parada militar.

La mañana del día ocho, salía Miramón con el ejército por la garita de Mexicaltzingo, y, como los constitucionalistas en fuerza de que por lo barrancoso del camino más allá de Ciudad Guzmán, no pasarían de dicha población á menos que abandonaran sus trenes y artillería gruesa: era inminente, pues, una batalla á más tardar cinco ó seis días después de emprendida la marcha al Sur, del ejército reaccionario.

Entró Miramón sin obstáculo á Sayula el día once y Ogazón, que había evacuado dicha ciudad, tomó posiciones de combate á unos ocho kilómetros frente á la expresada población, en la cuesta de Zapotlán. Todo indicaba que iba á librarse una batalla decisiva el día siguiente; pero Miramón sólo hizo situar avanzadas en el pueblo inmediato de Usmajac, y salir con su estado mayor á ver el campo contrario, fuera del alcance de las balas; ni siquiera hizo un reconocimiento militar.

En la madrugada del día trece, las avanzadas liberales fueron á Usmajac, á provocar á las avanzadas enemigas; más estas se replegaron á Sayula. En la tarde, el coronel Ramón Marroquín, con ochenta caballos, salió del campamento liberal á reconocer los puntos avanzados reaccionarios aproximándose hasta muy cerca de la garita de Sayula, y el enemigo, sorprendido por aquel movimiento audaz, hizo cuatro tiros de cañón sobre Marroquín los que no causaron daño alguno.

El estallido de cañón provocó el entusiasmo en el campo de Ogazón donde se aguardaba con impaciencia la hora del combate, despertándose la decisión en los valientes que, á pecho descubierto habían atacado á Guadalajara poco antes, el veinticuatro de mayo.

Pero Miramón sabía que los soldados liberales, ya no eran las masas de fuerzas irregulares que al principio de la guerra espantaba con sus cañones, y prefirió seguir encastillado en la ciudad de Sayula, sin duda, temiendo un desengaño que habría sido más funesto que el reciente que experimentó en Veracruz.

Así en la inacción, perdiendo tiempo, permaneció el ejército reaccionario por varios días, siendo Miramón y sus oficiales una carga molesta para los vecinos de la ciudad de Sayula. En efecto, luego que entró á la población el ejército de Miramón, hizo éste que el rico español D. Angel Arch le alojara en su casa así como al general Zuloaga y el estado mayor, exigiendo buena asistencia y comodidades; para corresponderlas, sus oficiales al fin se robaron la palata y loza del servicio de mesa, la ropa que había en baúles y estantes, así como todos los demás objetos que pudieron llevarse, inclusas las ropas de cama.

La casa de comercio Gutiérrez fué saqueada en términos que los oficiales ocuparon el lugar de los dependientes por ocho días en las dos tiendas de la negociación. Los señores Julián y Esteban Villalvazo, también fueron saqueados sin dejarse en las tiendas más que los enceres hechos pedazos.

La casa de Doña Manuela Montenegro quedó limpia, y lo más singular es que la horadación para el robo se practicó por la casa que ocupaba el batallón Activo de San Blas. Infinitas vejaciones hubo por ese estilo.

Se prohibió la matanza en los abastos, y los oficiales tomaban, sin pagar, las reses donde las hallaban y ellos vendían la carne: se puso guardia en las panaderías y sólo se permitía la entrada á los vivanderos para que estos lo vendieran al público al precio que querían.

Por último, los mismos oficiales mandaron destruir los archivos municipales, regando los papeles por las calles sin que escaparan de la destrucción los pizarrones, libros y útiles de las escuelas.

Sobre los indicados abusos y otros muchos, se practicó después una averiguación por el juzgado de primera instancia.

El día diez y ocho de junio se recibieron en Guadalajara las noticias de que el día quince, en la hacienda de Peñuelas, Aguascalientes, había sido derrotado completamente, el general Silverio Ramírez, por el general constitucionalista Jesús González Ortega, y de que el mismo González Ortega en combinación con el general Berriozabal, se disponía á marchar al Bajío. Esas noticas se transmitieron inmediatamente á Miramón.

Poco después llegó impreso el parte de aquel hecho de armas. He aquí lo principal de su contenido.

«División de Zacatecas y Aguascalientes.—Jefe de ella.— Exemo. Sr.—Ayer á las ocho y media de la mañana y después de un combate sangriento que duró tres horas en la hacienda de Peñuelas, fué derrotada completamente la división de D. Silverio Ramírez quedando en mi poder más de mil prisioneros inclusos setenta y tantos jefes y oficiales, un inmenso tren de carros cargados con parque, más doscientas acémilas, todo su armamento, las banderas de sus cuerpos y diez magníficas piezas de artillería.

El enemigo, á quien juzgaba desmoralizado por la hostilización continua que le vine haciendo durante treinta leguas, se condujo con un valor que se sobrepone á todo encomio, pues fué derrotado

cuando ya estaban muertos ó heridos sus principales jefes y oficiales y sembrado su campo de cadáveres.

«Una sola pieza que llevaba mi división quedó inútil al comenzarse los fuegos, pues se rompió el mástil á los tres tiros: así es que mis infanterías tuvieron que sufrir á pecho descubierto los fuegos nutridos de la artillería enemiga y las descargas de fusilería de sus columnas. El punto formidable que ocupaba el enemigo, era inaccesible á las caballerías á quienes yo había confiado una parte importante el éxito de la batalla, por su estado brillante, el valor de sus jefes y por su superioridad numérica; sin embargo, en el desenace de la lucha, no obstante lo barrancoso del terreno rivalizó el valor de sus jefes y oficiales con el que dieron mil y mil pruebas os jefes y oficiales de nuestra infantería.

«.....Aun no sé el número de muertos y heridos que hubo por una y otra parte si bien supongo que fué de mucha consideración pues de los segundos asciende á ciento y tantos en cuyo número se encuentran nuestros valientes capitanes ciudadanos Miguel Palacios, Rafael Arreola y Cosme Villagrán.

Felicito á V. E. y al supremo gobierno por el triunfo brillante que han obtenido sus armas, asegurándole que en Zacatecas y Aguascalientes hay de nuevo más de tres mil hombres.....

Dios, Libertad y Reforma. Aguascalientes, junio 16 de 1860. Jesús G. Ortega.—C. general en jefe del ejército federal.»

Los jefes y oficiales prisioneros en la acción de Peñuelas fueron puestos en libertad absoluta incondicionalmente por el general González Ortega. He aquí sus nombres:

«Lista de los prisioneros de la acción de Peñuelas puestos en libertad.

Coronel: Francisco Guerra y Vega.

Tenientes coroneles: Camilo Granado, Tomás Quiroz y Manuel Granado.

Comandantes: Agustín Izunza, Antonio Avalos, Trinidad Moncada, Tomás Moncada y Vicente Varela.

Capitanes: Nicolás Aguiza, José María Lavalle, Nazario V. del Mercado, Luis Muñoz, Antonio Navarro, Gabriel de León, Julián Escareño, Juan Rulfo, Zacarías Pérez, José María Velati, Miguel Valle, José A. Tapia y Adolfo Izasi.

Tenietes: Juan Velan, José María Laubarri, José M. Vázquez,

Prisciliano Sandoval, Manuel Piña, Jesús Abaños, Luis López, Valeriano Palacios y Pedro Avella.

Subtenientes: Miguel Caldeano, Eligio Rosales, Agustín Calvillo, Jesús Sánchez, Antonio Portocarrero, Ramón Gandarrillo, Zenón Castro, Santiago Araico, Feliciano Lepe y Francisco Cuellar. Comisario general: Rafael Esparza.

Empleados: Félix Garduño, Loaquín Urribarre, Jesús del Castillo y Darío Guerrero.

Cuerpo Médico, teniente coronel Néxtor Tallechea».

Tales acontecimientos inquietaron sobremanera al caudillo reaccionario pues de dar tiempo á que las fuerzas liberales de Zacatecas y Aguascalientes en combinación con las de Guanajuato se apoderaran de la importante zona del Bajío; quedaría cortado de la capital el ejército reaccionario y enmedio de las divisiones unidas y las tropas del general zacatecano; y Miramón ya no pensó más que en retirarse de Sayula.

Hicieron los preparativos de retirada reservadamente y á las dos de la mañana del día veintiuno de junio, en silencio comenzaron á desfilar las tropas y los trenes de Miramón en marcha retrógrada rumbo á Guadalajara, y no obstante lo bromoso de la artillería y el muy mal estado de los caminos por el temporal de aguas y por los obstáculos que había puesto el enemigo, rindió el ejército una jornada venciendo en el día más de cincnenta kilómetros, hasta llegar á Zacoalco de Torres; el veintidos pernoctó el ejército en Santa Ana Acatlán, y el veinticuatro regresó á Guadalajara.

Al apercibirse Ogazón á las primeras horas del día veintiuno de la retirada de Miramón, dispuso le persiguieran ochocientos caballos que vinieron hostilizándolo por todo el camino.

Veamos el parte de Ogazón sobre aquella retirada que tenía caracteres de fuga:

«Ejército federal.—Divisiones Unidas.—General en jefe.— Exemo. Sr.—Con la más viva satisfacción tengo la honra de comunicar á V. E. que en la madrugada de hoy ha levantado su campo de Sayula el faccioso Miramón, retrocediendo para Guadalajara y sin haber siquiera intentado batir mis posiciones. Después de permanecer el ejército reaccionario encerrado en Sayula por espacio de 11 días, esquivando vergonzosamente el combate á que diario se le provocaba por nuestras fuerzas que iban á hostilizarlo hasta sus